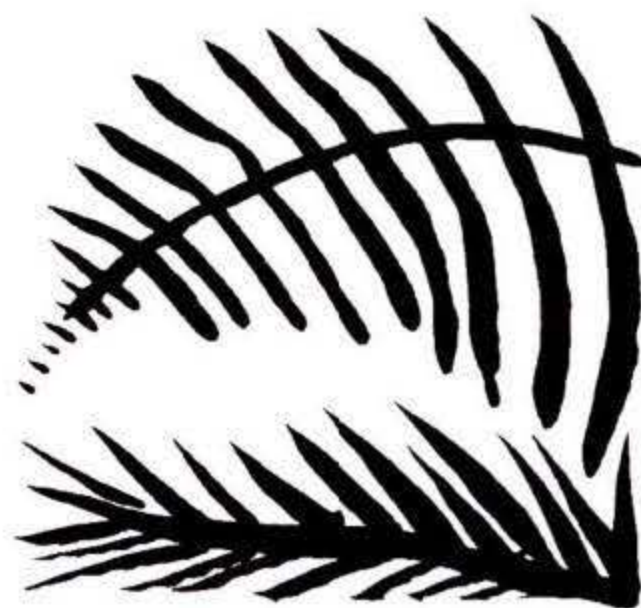


trazado de esencias espirituales: revela lo que estaba oculto, desafía a las sombras, a la máscara del tiempo y a la profunda raíz que se empieza a conocer. La palabra se hace verbo de adentro hacia fuera, el rostro pasado se interioriza, toma vida, toma vida tras la memorización del tiempo. Pero la memoria de Roca siempre solicita su mundo espontáneo: las imágenes aparecen tras la escogencia y el aprecio, luego se alternan gracias al azar, al enigma, al júbilo, y producirán, en el lector que vislumbra, el asombro y la fascinación de quien se anima a la aventura. Poesía que punza al lector, lo subyuga cuando la imagen es ya una explosión, un grito, un fogonazo que sirve a manera de hecho generador, imaginería poética que sustenta diversas raíces: el estado de ilusión o la magia sugestiva a la manera de Baudelaire, donde “la imagen estalla con el esplendor repentino de la flor de aloe”; la exaltación de la mirada de Rilke; la imagen tajante y sugestiva del expresionismo alemán, acompañada de su latigazo irónico y la hondura de pensamiento; la misteriosa virtualidad del lenguaje de Vallejo, su alta tensión emotiva, su sentir íntimo, a menudo combinado con un acento coloquial y familiar; la proposición de un mundo onírico, herencia surrealista, donde se configuran predominantemente imágenes arquetípicas; y el influjo de las imágenes metafóricas de bastante valor expresivo, legado de Silva, Aurelio Arturo y Charry Lara. Imaginería de una obra que se ha erigido como un arte de significación perdurable, de plena madurez, de fuerza y sobriedad al unísono. No en vano encontramos en *Lugar de apariciones* la palabra como punto de partida, la capacidad del creador para descubrir caminos ocultos, la fascinación que crea fantasmas y el deseo permanente que convierte la vida en literatura, diciendo con Emerson que “la poesía es el continuo esfuerzo hacia la expresión de las cosas, en su razón de ser”. Vehemencia y ánimo del arte de la poesía, que en manos de Juan Manuel Roca y logrado en el paciente y cotidiano

valor, consigue alcanzar aquella “mágica esfera” otorgada a la palabra, la palabra como acontecimiento fundacional, la palabra como centinela y aliento de la obra. Allí un rumor misterioso del mundo y del trasmundo que llama desde afuera de la realidad y la ensancha tras una nueva visión que penetra en lo invisible de lo cotidiano, estableciendo una distancia encantada que atraviesa todo el texto. La mirada a la obra significa un desafío y un llamado que ahonda en las tensiones y resistencias de la comunicación inefable.



Dentro de la concepción de la escritura de Roca hay un Eros que la arrastra, un impulso insaciable, avidez profunda que transita en medio o detrás de voces que adquiere la distancia transmutadora de un ceremonial. Nosotros, comulgando ante la imagen y el tiempo metafórico, frente a las líneas sensibles que apoyan y fecundan su poesía, rasgos sensitivos que nos detienen y despiertan a otro sueño, sensaciones y memorias traídas a la escritura con toda su frescura original, casi táctil a la manera interior.

La palabra de Roca más que una aventura verbal, es nutrimento esencial, nueva mirada que entraña nuevos lugares, nombrados territorios donde las palabras mueren para resucitar con la memoria y volver a encarnar para darle otra vez sustancia al universo, viaje y retorno de la poesía ante un “Paraíso recuperable”, donde encontramos el saludo de aquella memoria, la aparición (presencia-ausencia) de los sueños, espectros y épocas, al lado de una conciencia visionaria, de imagina-

ción y apetencias de otros estados del mundo, diciendo tal vez con Novalis que “los deseos se mudan en realidades”.

Lugar de apariciones es quizá la mejor antología dedicada a Juan Manuel Roca, dada su brevedad y concreción.

GABRIEL ARTURO CASTRO

“Una obra macerada en el tiempo y en la disciplina autocrítica”

La generación invisible.

Muestra de poesía colombiana

Antonio María Flórez y otros

Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de Caldas, Lyrica Species Ed., Manizales, 2000, 196 págs.

Siete autores reúne esta compilación guiada por un criterio de dimensión espacial, tal como llamó Ortega y Gasset a uno de los dos asuntos que implican el concepto de generación: poetas que nacieron en el departamento de Caldas o han asumido desde allí su labor creadora. He ahí el primer limitante de esta selección, pues *La generación invisible* se anuncia como una muestra de nuestra poesía colombiana y acaba dirigida, tras un juicio de generación, hacia una noción localista y poco universal de literatura, tal como lo afirma Eduardo Mateo Gambarte: “El concepto de generación es intrínsecamente perverso porque cierra la literatura a las fronteras de lo nacional, de lo regional, de lo local”.

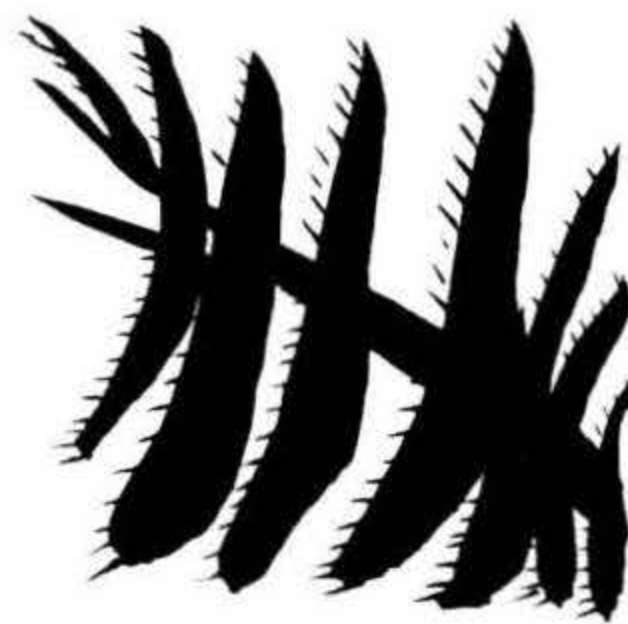
Después de la lectura de un prólogo superficial que intenta ofrecer identidades donde sólo encontramos divergencias, un afán por agrupar escritores, de reducir las voces a la voz del rebaño, a la artificialidad del criterio del editor que expresa: “...es necesaria una nomenclatura que permita hacer referencia a momentos históricos no exclusivos de

individualidades". Olvida el prologo que el término *generación* es de naturaleza sociológica y es sinónimo de "grupo instalado en el poder" y que la periodización de la literatura y la denominación de tales grupos es una labor caprichosa e interesada. Generalmente se descuida el valor estético de la obra, su trascendencia y calidad, para atender pormenores de época social, biografía o momento histórico mal interpretado. Nuestras denominadas de mil maneras "generaciones" son casilleros, cónclaves, guetos fosilizados y trivializados que adoptan miembros y adaptan nombres. Sólo los autores mediocres, sostiene Gambarte, permiten su encajonamiento en las características de dichos grupos y su posterior domesticación. Al respecto, Raimundo Lida afirma:

Las obras poéticas que pueden explicarse, sin dejar residuo, por su tiempo, su generación o escuela no son las obras mejores. Los poetas presos en las circunstancias de su época no son precisamente los grandes poetas, sino aquellos de quienes Lope dice que "andan en cuadrilla".

Al generalizar y simplificar se anula de paso cualquier particularidad valiosa o una posible lectura crítica que sobrepase los parámetros ideológicos, políticos, culturales o mercantiles, dados como distractores superficiales de una presentación ingenua de la poesía colombiana. Ingenuidad llevada a su límite al postular al nadaísmo como referencia para fechar y denominar una generación precedente, aseverando que este grupo tuvo un acierto "al postular su coherencia en torno a una ideología y una estética y no a coincidencias temporales". Flobert Zapata, autor de las notas introductorias, cree de manera poco crítica que la vanguardia de la literatura colombiana fue el nadaísmo fundado por Gonzalo Arango, ignorando que nosotros sólo poseemos un vanguardista en la poesía: Luis Vidales, y a partir de él otros distintos escritores no nadaístas, pues toda vanguardia

implica un trabajo de búsqueda y experimentación hacia nuevas formas artísticas y técnicas, lo cual conllevaría algún avance en la expresión. Ni ideología ni estética posible albergaba el grupo en cuestión. Basta leer el excelente ensayo de Carlos Sánchez Lozano titulado "El nadaísmo colombiano, epílogo del Frente Nacional: nuestra joven miseria", donde se asegura que los nadaístas y sus seguidores han sido producto de la más negativa y peor tradición intelectual colombiana: Guillermo Valencia, Tomás Rueda Vargas, Porfirio Barba Jacob, Germán Arciniegas, Eduardo Carranza, Eduardo Caballero, y con ellos, por supuesto, Gonzalo Arango, Jaime Jaramillo Escobar, Jota Mario Escobar y Eduardo Escobar.



El nadaísmo es así asumido de manera justa y sustentada como un ejemplo de mediocridad, "un insulto epigonal, extraordinariamente tardío". Epigónicos, porque los nadaístas nunca se afianzaron como voces originales. Las "obras poéticas" de los nadaístas y de sus sucesores, imperfectamente justificadas y no salvadas en sí mismas, carecen de la virtud fecundante para las generaciones posteriores. Ningún poeta importante ha podido hallar el impulso en aquellas órbitas cerradas, estrictamente personales. Los pocos que reivindican la existencia del nadaísmo hacen una poesía de mala calidad, derivada, imitada, sin un inicio raigal. Son herederos de primer, segundo o tercer grado, de una obra que ha servido de retraso formativo. He ahí el desacierto de llamar a una generación "pospos-

nadaísta". En cambio es un logro denominarla *Generación invisible*, pero no por las razones expuestas por el compilador: "Invisible porque son conocidos en los respectivos planos regionales y apenas imaginados en el plano nacional". No. Invisible porque en su seno aloja creadores distintos, aislados detrás de su valioso quehacer, una escasa minoría de arraigada obra que escapa a la mediocridad del conjunto. Aquellos pocos que han acudido a fuentes vitales, abiertas y creadoras de la poesía colombiana y universal y hacen eco de esa fuerza de ruptura y de irrupción, ya que, infortunadamente, el fenómeno de las influencias precarias, derivaciones o copias se apoderó de la atmósfera poética del país: escritores en su mayoría de escasa formación, retóricos, previsibles, en ocasiones asociados grupalmente a través de fatalidades cronológicas o ambiciones de poder. Olvidan que una generación es "un acto espiritual", tal como lo definió Guillermo de Torre, o como lo vislumbra Ortega: "...una escasa minoría de corazones de vanguardia, de almas alerta que vislumbra a lo lejos zonas de piel intacta". Aquellos invisibles, no por ser ciudadanos de provincia, sino porque son relegados, dada su diferencia con la mayoría, por su renuncia al facilismo, por poseer un particular sentido del lenguaje, un compromiso con la calidad de la obra y el oficio, profundización de la realidad y una inquietante y misteriosa trascendencia. Sí, de acuerdo, los poetas con "una obra macerada en el tiempo y en la disciplina autocrítica", pero no todos los señalados en el prólogo, esa promiscua lista que adolece de la ausencia de un criterio riguroso, de una percepción crítica. Porque, precisamente debido a la ausencia de crítica, surgen antologías y panoramas caprichosos, suma de especulaciones que desconoce conscientemente el ámbito significativo de las obras, su trascendencia, su valor. Asistimos, entonces, al esquematismo y la provisionalidad, la indecisión y la ausencia de un juicio reflexivo, "mera rapsodia o estima-

tiva elemental". Nótese en esta muestra de poesía colombiana el afán protagónico de su prologuista y compilador, algo que un crítico de gran altura llamó la "triste vanidad del provinciano". Sin embargo, para confirmar la excepción a las reglas de las generaciones y antologías, existen aquí dos autores, dos voces que sobresalen y le dan dignidad a *La Generación invisible*: Édgar Trejos y Álvaro Marín, los cuales asumen la poesía como una labor de creciente complejidad; Trejos desde la espesura verbal y conceptual, y Marín creando el asombro de la imagen labrada por la sensibilidad y la plenitud de la palabra. Ambos ofrecen una visión propia de la poesía, no el incoherente discurso de los demás que completan el libro y que realizan una parodia del nadaísmo, su palabra transitoria, su extravagante parroquialismo, sus construcciones arbitrarias, triviales y superficiales. Cinco autores que dan una idea, una radiografía de la actual crisis de la poesía colombiana, una poesía menguada por el facilismo, la oralidad útil, la homogeneidad de las modas, los versos hábiles, lo evidente, el lugar común, la común parquedad, lo cómodo que conduce a la aridez de la expresión, a su reducción y empobrecimiento, salvo las creaciones singulares que resisten todo intento artificial de agrupamiento y denominación.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Comarcas bien situadas

Pequeño reino

Gustavo Adolfo Garcés
Cooperativa Editorial Magisterio/
Ulrika Editores, Bogotá, 1998, 80 págs.

El presente volumen de G. A. Garcés recoge un par de textos de *Libro de poemas* (1987) y una selección generosa de *Breves días* (1992),

por el que recibió el premio nacional Colcultura de ese año. Pero, además, *Pequeño reino* es el conjunto inédito que da título a esta antología y novedad: 41 poemas de solidez lograda a fuerza de restricciones, cortes, eliminación simple. Garcés, abogado de profesión, podría ser en su escritura un pico de oro más de los que Latinoamérica produce en cantidad, como el maní dulce. Sin embargo, sigue en poesía la línea de conducta verbal de otro abogado y grandísimo poeta: don Fernando Charry Lara. Enseñanza mayor: alejamiento del palabreo conocido, entrada en el reino de la exactitud. Dentro de esta ética verbal, Charry Lara pertenece a una familia poética distinta: su diálogo es con Gorostiza, Chumacero, Anguita y otros enamorados de la palabra hermosa y sugeridora. Por su parte, Garcés también continúa en la línea de oposición a la verborrea y se nos muestra devoto de lo minucioso. Y tiene otras cercanías: William Carlos Williams y los objetivistas estadounidenses, José Manuel Arango, Pacheco, Creeley, Ungaretti, la poesía japonesa y china... Pero los objetivistas, por ejemplo, tenían su lado flaco, pues todo ingenio visual (una cornisa con luz, la jaula abierta por donde huyó el canario, el motor descompuesto de una camioneta en el descampado, imaginemos) terminaba generalmente en poema. Garcés no sucumbe a tales tentaciones; todo lo contrario: su privilegio reside en el poder de observación y en la trascendencia que logra al construir sus fortalezas. La solución son las vivencias estáticas (si se me permite la metáfora), una noción de estar más que ser. La lectura de estos poemas se convierte en testimonio de la eficacia poética. Algo placentero me obliga a regresar a estos poemas, a revisar lo que es tan obvio en ellos, como si la obviedad fuese cosa sencilla: "Encuentro la palabra ojo / escrita al margen / de un poema" (*Atención*, pág. 67). Qué va, intuimos los grandes sudores que acapara un verso de fray Luis de León. Cada poema de Garcés se reduce a un simple acto de magia que se repite ante nuestros

ojos por primera vez. ¿Cómo así? La clave ha de estar en el agua, en el fluir, en la vida que nace en lo líquido y vuelve a su informe consonancia con lo desconocido; atracción del desborde, aguja derretida y de nuevo hecha canción¹. Curiosamente empieza con el poema *La oración de Noé* (pág. 11), donde las lenguas de los hijos han de hallar las palabras del amor; pero a su vez lo que insinúa por analogía es que el arca es como una lengua que navega en una saliva tempestuosa. En sus olas, en sus vientos: poema a merced de un destino ondulante. El tema se repetirá, de manera muy clara, en *El poema*: "Palabras que vacilan / en el paladar // dudas / en el cielo de la boca" (pág. 61).



Concentración, espera, tentación de decir, sometimiento. Un poema lo expresa mejor al reunir la blancura de la página con el líquido escondido en la prenda íntima de la mujer. El título (*Blanco*) se reitera en el poema, lo que da más énfasis al escondite:

*El blanco lo aprendí
de las enaguas.*
[pág. 36]

Reparemos en que la blancura oculta su ser en el deslizamiento, en la seda, en la catarata del placer: enaguas, arroyos, torrentes, emanaciones. Y sin embargo esta metáfora de lo que carece de forma, esa imagen de la consumación, tiene sus fronteras en la exactitud con que Garcés elige y orienta: el poema ha de ser como un contrato de vida, las mínimas cláusulas estipuladas y la interpretación al libre albedrío de quie-